

de gobierno, se habrá salvado á sí misma, y consigo habrá salvado, quizás para siempre, la causa santa de la libertad en España. (*Ruidosos y prolongados aplausos.*) Los partidos suelen aquí sumar en la oposición para ganar el poder, y restar en el poder para repartirse mejor el presupuesto. (*Risas y aplausos.*) Restemos nosotros en la oposición á los débiles é indecisos, para que sólo queden los leales y probados; y luego sumemos para el Gobierno todos los elementos aprovechables, á fin de que tenga más fuerza y más autoridad nuestra política. (*Aplausos.*) Y en estas bases realizaremos la unión de la democracia. (*Vivísimos aplausos.*)

Y urge todo esto, urge mucho; porque las sociedades humanas no dejan una política por otra, hasta que se disuelve la política que han de abandonar y se forma, define y concreta la nueva política con que han de sustituir á la abandonada y vencida. El partido conservador-liberal no puede gobernar más días, no puede humanamente, porque no sabe satisfacer á un mismo tiempo la doble aspiración al orden y á la libertad. Enemigo de toda injusticia, declaro y proclamo que ha satisfecho una de las dos aspiraciones del país, la más apremiante, la más inmediata, la más urgente, la aspiración al orden material. Pero el problema de la política estaba en satisfacerlas ambas, y no ha sabido satisfacer ó no ha querido satisfacer, la que es imperiosísima, la aspiración á la libertad. Petrificado por el dogmatismo y la constancia de su ilustre jefe en la alquimia doctrinaria de hace veinticinco años, desconoce el principio capital de este tiempo, el que á través de todas las formas del Estado se impone á todos los pueblos del mundo, el principio de que en las instituciones parlamentarias se busca, no el brillo y la dirección de tal ó cual personaje importantísimo, no la oligarquía de tal ó cual partido político, sino el gobierno de la nación por sí misma, señora y soberana en último término de todos sus destinos. Este principio salvador, puesto en práctica donde quiera que

la cultura humana se extiende, en imperios tan vastos como Austria y Alemania, y en naciones tan chicas como Bélgica y Suiza, cierra para siempre la era revolucionaria y abre el período de actividad progresiva y ordenada, que han menester las generaciones modernas para su engrandecimiento material, intelectual y moral. El pueblo francés tiene su República democrática y el pueblo inglés su monarquía histórica; porque uno y otro saben que dentro de estas formas de gobierno tan opuestas, disponen de sí mismos y se dirigen por su pensamiento y su impulso íntimos, por su voluntad y por su conciencia. Conoce muy bien el jefe de este Gobierno que el sincronismo de la historia, mayor hoy que nunca por la solidaridad de los pueblos europeos, un principio de este carácter universal se impone á todo sin excepción alguna. Si todos caímos á un mismo tiempo con diferencia de pocos años en la sociedad teocrática y feudal; si todos formamos, á despecho de las protestas señoriales, los Estados modernos en la misma edad; si todos sufrimos el absolutismo, unos de los Valois, otros de los Tudores, otros de los Austrias; si todos contamos nuestros reyes filósofos, Bautistas de la revolución como José II, Carlos III, Luis XV, Leopoldo de Toscana; si todos pasamos por la tempestad revolucionaria llevada á unos en alas de los vientos y á otros en las puntas de las bayonetas napoleónicas, ¿no habremos todos de proclamar el dogma, que indica la mayor edad de los pueblos, el dogma de la soberanía nacional? He aquí, señores, una fórmula, en la cual todos podemos unirnos; una fórmula de todo punto legítima y antirrevolucionaria, la fórmula de inteligencia estrecha, por lo menos, entre los partidos liberales. Dejad, debemos decir, al poder, dejad que la nación se gobierne á sí misma, y tened por cierto que si la nación se gobierna á sí misma, habremos salido de los períodos revolucionarios y entrado en la paz completa que gozan á una Inglaterra é Italia, Francia y Bélgica, Portugal y Alemania. (*Ruidosos y prolongados aplausos.*)

Pero casualmente, el Gobierno sigue la política contraria, casualmente el Gobierno se empeña en sobreponerse á la nación. Así como el cerebro es el órgano del pensamiento, y el corazón es el órgano de la voluntad en los individuos, la prensa es el órgano del pensamiento y el comicio es el órgano de la voluntad en los pueblos. Pueblo libre es aquel que puede expresar todas las ideas, aun las más erróneas, en la prensa, seguro de que el error se le combate con la verdad y se le castiga en la conciencia; y además, que nombra con toda independencia sus diputados, seguro de que, representando á la nación misma en verdad, no podrán malbaratar sus intereses, ni herir sus derechos, ni arriesgar su paz, ni comprometerla en aventuras guerreras, ni oprimirla ni vejlarla en sus sacrosantas libertades, porque la universalidad de los ciudadanos se encuentra en la imposibilidad física, metafísica y moral de oprimirse á sí misma, en ningún período de su vida, en ningún grado de su desenvolvimiento, en ningún minuto de su historia. Imaginaos que á un hombre le arrancaran el cerebro y luego le dijeran: «piensa:» imaginaos que le arrancaran el corazón y luego le dijeran: «quiere.» Pues esto hace el Gobierno con la prensa y con los comicios; arrancarle á la nación la voluntad y el pensamiento. No quiero hablar de la ley de imprenta; no quiero hablar de la derogación que trae consigo, así de ciertos artículos constitucionales, que son de esencia en toda Constitución, como también de ciertos principios jurídicos, que son de esencia en todo Código; ved las denuncias diarias, las condenas, las suspensiones continuas, las supresiones, y eso que la prensa se amolda en lo posible á los estrechos límites legales; y decidme luego, si puede darse en las condiciones presentes de la cultura europea, una asfixia mayor del pensamiento. No quiero hablar tampoco de las elecciones; ved las últimas, vedlas, á pesar de que sólo tenían un carácter provincial y de que el Gobierno había hecho las protestas más amplias de respecto á la libertad. Como el

mal ha echado raíces tan hondas, se repite lo mismo de siempre; volantes de los gobernadores en recomendación de candidatos oficiales, consignas convenidas á los alcaldes, remoción de expedientes sucios, amenazas de causas criminales, proscripciones de las listas, escaleras de mano muy firmes para los ministeriales y muy frágiles para la oposición (*risas y aplausos*), palo limpio en algunas partes, caza electoral en otras, apresamiento de electores, y por resultado de todo esto, la mayor de las calamidades, la abstención universal. ¿Cómo gobernarnos á nosotros mismos, si no tenemos pensamiento, ni voluntad nacional? ¿Y cómo tener pensamiento, si no tenemos prensa, y cómo tener voluntad, si no tenemos comicios? ¿Y cómo cerrar el período revolucionario si no lo sustituimos con el período de la soberanía nacional?

Así, el Gobierno se encuentra en la peor de las situaciones en que puede encontrarse un Gobierno; en la situación de no tener, según él mismo dice, quien le suceda en el mando. Y no tiene, según él mismo dice, quien le suceda en el mando, porque, en vez de dejar á los partidos formarse en el seno de la libertad como se forman los seres en el seno de la naturaleza, por medio de la química y de la dinámica sociales, con verdaderas combinaciones de átomos afines, con verdaderas fuerzas propias, ha querido intervenir en todo, arreglarlo todo, expulsar á estos de la legalidad y llamar á aquellos, exigir programas concretos y cuasi por él dictados, llevando su iniciativa, de todo punto avasalladora, hasta el extremo de reservarse el señalamiento del día de su derrota y de la victoria de sus enemigos: singular situación, desconocida hasta de pueblos como nuestro pueblo, el cual se ha distinguido por su inventiva inagotable en crear y producir raras situaciones políticas. Y, señores, urge un cambio en sentido liberal, urge un llamamiento á la opinión liberal, urge una grande amplitud á las instituciones liberales, urge otra política más progresiva que la política vigente, la cual es conservadora en el

nombre, y en el fondo exclusivamente reaccionaría. Si intereses generales no la demandaran, demandaría el estado de las provincias vascas, donde la audacia de los carlistas nos lanza de nuevo un reto formidable y de nuevo nos amenaza con una guerra civil inextinguible. Y nos lanzan un reto formidable y nos amenaza con una guerra civil inextinguible la audacia de los carlistas, porque el Gobierno, si la ha vencido materialmente y ha disuelto sus ejércitos, no la ha vencido moralmente, no le ha arrancado hasta la última esperanza de ver prevalecer las caídas enseñanzas; y con su ley de imprenta que prohíbe la pública controversia, con su falseamiento de la libertad religiosa que quita al templo y al cementerio sus símbolos externos, con su persecución implacable á los catedráticos liberales, con toda su política y con todos sus actos menudos, ha dado al carlismo una media victoria moral, que aviva sus esperanzas y mantiene latente el fuego devastador de una nueva insurrección, sólo conjurable por otra política, la cual devuelva sus derechos á la conciencia, de su extensión natural á la libertad religiosa, restaure las universidades á fin de que vayan á beber en su luz las almas jóvenes el espíritu divino de nuestro siglo y los ideales sublimes de una verdadera y progresiva ciencia. (*Ruidosos, repetidos y prolongados aplausos.*) Y lo he dicho en las Cortes, y lo repito ahora; un cambio de política en sentido liberal no puede encender pasiones violentas en el pecho de la democracia española, que entrada ya en la madurez de su vida, no abrazará un egoísta pesimismo, ni se consumirá en agitaciones estériles, aprovechando la luz nueva para explicar sus doctrinas salvadoras y el nuevo aire para robustecer su organización legal, sin daño ni peligro de la paz pública, que tenemos interés en conservar y en robustecer, sobre todo, si se junta con una completa libertad. (*Ruidosos y prolongados aplausos.*)

Ignoro cuánto durarán ciertas esperanzas: y no me propongo ni alentarlas ni desvanecerlas. Pero si me pro-

pongo decir que las desesperaciones antiguas, aquellas de Catón después de Farsalia, y de Bruto después de Filippos, no caben ya en nuestro tiempo ni en nuestra civilización; porque sabemos, cómo la libertad puede sufrir eclipses pasajeros, más de ninguna suerte eternos y supremos ocasos. Nosotros, en el día de su pascua, en el día de su resurrección, que aguardamos sin descorazonamientos, ni impacencias, prometemos una política basada completamente en la voluntad nacional. Los pueblos saben que bajo nuestro gobierno, ni se han desmentido ayer, ni se desmentirán mañana los principios generales de la democracia universal. Así tendríamos la soberanía inmanente en la nación, el derecho asegurado á cada individuo, el sufragio reconocido á todos los ciudadanos, la libertad religiosa y la libertad de imprenta tan amplias como puedan alcanzarlas los pueblos más cultos del mundo, independientes de toda presión los comicios, descentralizada la administración provincial y municipal, establecido el Jurado, sustituida la arbitrariedad con el cumplimiento de las leyes en cuyo ejercicio basaríamos la paz pública, realizados todos los principios capitales del espíritu moderno, fuera del cual ni prevalecen las grandes obras políticas, ni respiran los pueblos europeos. (*Prolongados aplausos.*) He aquí los límites allende los cuales, ni podemos, ni debemos, ni queremos dar un paso; los límites que definen nuestra doctrina toda y que señalan la posición de nuestro partido. Somos, pues, en verdad; mientras esté dividida la democracia, su extrema derecha, y no abandonaremos jamás esta posición, á costa de tantos sacrificios conquistada. (*Entusista aprobación.*)

Y como somos la extrema derecha de la democracia, decimos que no pueden aguardarse de nosotros ni veleidades federales ni inclinaciones comunistas. Afortunadamente las tendencias socialistas de la democracia europea han pasado desde que pasó, para no volver jamás, el cesarismo en Europa. La utopía, la Internacional, la locura de la

propiedad común y de la anarquía colectivista, los sistemas contrarios al templado individualismo que constituye la base firme de todas las escuelas liberales, la idea socialista, en una palabra, pasó hasta en la nación que más la acariciara, hasta en Francia, desde que pasó la dictadura de los Césares, acogiéndose á la oprimida Rusia, como se acoge á las cavernas y á las tinieblas el ave nocturna en cuanto brilla la luz de un nuevo día. Y como no existen las tendencias socialistas en la democracia europea, el trabajo debe tener derecho á una completa asociación, así como tiene derecho también la propiedad á un completo seguro. (*Aplausos*).

Pero no es solamente la propiedad la gran fuerza social que debemos tranquilizar en provecho de nuestras libertades, también debemos tranquilizar al clero y al ejército. En cuanto á éste, nuestro pasado responde por completo de nuestro porvenir. Quienes lo disciplinaron en medio de la guerra civil y de la insurrección cantonal; quienes lo aumentaron en cuatro meses con 85.000 hombres; quienes lo dotaron de todas sus armas, no pueden querer otra cosa sino que sea un respetable y respetadísimo elemento de fuerza, puesto por completo á servicio de la legalidad y del Estado. Hablemos, pues, de lo que creo más necesario hablar en este crítico momento, hablemos del clero. Señores, desconoceríamos la realidad de las cosas y la verdad de los hechos, si desconociéramos que existe un disentiimiento antiguo entre el clero y la libertad; y aún desconoceríamos algo más, si llegáramos á desconocer que en este disentiimiento capital estriba una gran parte de las dificultades encontradas á cada paso en el gobierno por las democracias latinas, tanto en América como en Europa. El mal viene de antiguo. Heredero de la Roma pagana, el Pontificado católico creyó en cierto tiempo, con razón ó sin ella, que debía unir al poder religioso el poder temporal y dar como su clave y su fundamento, como su base y su cúspide, á todos los poderes de Europa. La soberanía temporal se

consideró necesaria de todo punto á la dirección espiritual de la cristiandad; y el espectáculo de la clerecía bizantina que, falta de independencia, tornábase cortesana de los césares de Oriente, daba, á primera vista, razón á los pontífices de Roma. Pero el espíritu moderno de ninguna suerte cabía dentro de las instituciones antiguas, y al pugnar con ellas, tuvo por necesidad que pugnar también con el Pontificado. Como la Iglesia se enemistó con su madre la Sinagoga, la revolución se enemistó con su madre la Iglesia. Ya en sus albores, la cultura moderna trató de conciliarse con la tradición católica; pero no pudo conseguirlo. Si en aquella hora solemne Juan XXIII hubiera oído al Concilio de Constanza, Eugenio IV al Concilio de Basilea, Alejandro VI la voz de Savonarola, León X el pensamiento de aquellos que le proponían en Letrán la vuelta á los tiempos primitivos del cristianismo y á las fuentes puras del Evangelio, crean la democracia cristiana, y la Revolución religiosa fuera una reforma y no una protesta; y la Iglesia fuera la unidad espiritual del mundo moderno, y no la unidad espiritual tan solo de la raza latina; y el Pontificado la presidencia de una confederación de Iglesias autónomas, y no la cabeza de una monarquía absoluta; y el Renacimiento, la hermosura artística imposibilitada de caer en la forma vacía del paganismo muerto; y esas tres grandes naciones, tan religiosas de suyo, Alemania, Inglaterra, los Estados-Unidos, tres matices de la misma luz, que hubieran cumplido todas sus libertades sin reñir con todas sus tradiciones; y el espíritu moderno, libre, científico, democrático, sin dejar de ser espiritualista, se hubiera encarnado de esta suerte en una sociedad, que resultará purísimo reflejo del alma, como el alma misma, purísimo reflejo de Dios. (*Aplausos y aclamaciones.*) No quisieron; y la Iglesia, de retroceso en retroceso, cayó en el jesuitismo; y el jesuitismo, de exageración en exageración, le impuso á la Iglesia el *Syllabus* y la infalibilidad. Mas todo indica que en este retroceso se siente hoy un poco de detención; y que en

esta detención se alcanza hoy un poco de respiro. Todo indica que el Pontificado aspira hoy á una conciliación en la venerable persona de León XIII. Pues bien, hay que buscarla de nuestra parte, hay que buscarla con perseverancia, porque no conseguiríamos poco si consiguiéramos calmar ciertas inquietudes religiosas y traer la parte más ilustrada del clero, si no á la democracia y á la libertad, á un desistimiento de toda tendencia política y á un espiritualismo capaz de levantar consoladores ideales sobre las inclinaciones demasiado positivistas de nuestro siglo, que peca, cual la civilización romana en sus últimos tiempos, de economista y utilitario. (*Ruidosos aplausos.*) De todas suertes, no conozco momento menos oportuno para reñir con la Iglesia que el minuto corriente, no lo conozco. Aún comprendo que cierto emperador gibelino satisfaga las tradiciones germánicas, representando enfrente de la ergástula de sus padres siervos, enfrente de la Ciudad Eterna, el papel de Arminio y de Lutero. Pero no lo comprendo en la República francesa. El sentido que hoy domina en los asuntos religiosos de Francia, me asusta por su carácter jacobino; y el carácter jacobino me asusta, porque todo Robespierre será siempre el predecesor inevitable de todo Napoleón. El partido radical francés, con su proceder, se ha separado de los principios de libertad, naturales á la democracia moderna; se ha salido de las tradiciones de monsieur Thiers; se ha ahuyentado de hombres como Julio Simon; ha herido ministerios como el ministerio Freycinet; y ha llegado á una tan estéril agitación y á una tal violencia, que sólo puede ceder en daño de esa democracia, la cual hasta aquí había merecido la admiración y la amistad del mundo por su tacto exquisito y su exquisita prudencia. Nosotros, que caímos del poder, como todos saben, por el nombramiento de obispos, no renegaremos de nuestras gubernamentales tradiciones, ni desmentiremos las solemnes palabras dichas en nombre de nuestro partido allá en las Cortes por el más joven y el más elocuente de los demócra-

tas históricos. Iremos á la separación de la Iglesia y el Estado; pero con medida y con serie. Conservaremos el patronato y el presupuesto eclesiástico, si volvemos al poder; y en nombre de la libertad religiosa, en nombre del derecho individual, en nombre del respeto al principio de asociación, dejaremos que los seres tristes, desengañados del mundo y poseídos del deseo de la muerte, se abracen, si quieren, á la cruz del Salvador como la yedra al árbol, y aguarden la hora del último juicio, envueltos en el sayal del monacato y tendidos sobre las frías losas del claustro, hasta evaporar su vida, como una nube de incienso, en la inmensidad de los cielos: que si nuestro respeto á la libertad nos impide poner tasa al interés, tasa al crédito, tasa al lucro, nuestro respeto á la libertad también nos impide poner tasa á la oración, tasa á la piedad, tasa á la penitencia. (*Ruidosos aplausos que interrumpen al orador.*) Sólo viviendo, como he vivido yo, en el seno de democracias tan avanzadas cual la democracia de Suiza, puede comprenderse cuánto sirve la fe religiosa á la consolidación de una verdadera libertad. Por lo mismo que esta fe debe ser íntima y espontánea, auxiliar á la vida moral, sustituir con sus fuerzas espirituales y de conciencia á tantas fuerzas coercitivas como detienen el desarrollo de los individuos y de la sociedad, no se debe ni imponerla, ni mucho menos cohibirla con las fuerzas artificiales del Estado. La nación debe á todos los ciudadanos la instrucción primaria, debe á todos los ciudadanos el reconocimiento de su voto y está en el caso de exigir de todos los ciudadanos el servicio militar, pero, en la esfera religiosa, necesita dejar á todo el mundo una absoluta libertad. Y las almas buscarán su centro de gravedad en el inmenso cielo, que en cada una de ellas tiene extendido y guardado la propia é íntima conciencia. Dios de la libertad, que sacaste á los opresores de Egipto y sumergiste á los soberbios en las aguas hirvientes del mar Rojo; Dios, que promulgaste el dogma de la igualdad religiosa en la noche sublime de la

cena y lo ungieste con tu divina sangre en la tarde tempestuosa del Calvario; Dios, que sostuviste y alentaste á las ciudades italianas en sus navegaciones y á los municipios españoles en sus combates, poniendo sobre las sienas de aquéllas la llama de las artes y sobre la frente de éstos el sol de la victoria; Dios, que evocaste del seno de los mares al Nuevo Mundo para que en su naturaleza virgen recibiera el anfictionado de jóvenes y progresivas democracias; Dios, que sostuviste á los pobres pastores de los Alpes contra las legiones de los Borgoñas y de los Austrias, poniendo en las niveas cúspides á un tiempo los reflejos de la luz creada y los reflejos de la idea creadora; Dios, que guiaste al través del Océano oscuro la nave milagrosa, la *Flor de Mayo*, en que iban los peregrinos con su Biblia en las manos, proscriptos de la monárquica Inglaterra, á fundar la República en América; Dios, que brillaste con tanta gloria, como en las cumbres del Sinai, en las rotondas del capitolio de Washington, allá, en aquellos días de la abolición de la servidumbre; Dios, que bendices á cuantos rompen el eslabón de una cadena y despiertan el albor de un derecho; Dios, de los redentores, Dios de los mártires, Dios de los humildes, nosotros también hemos consagrado en tus aras los hierros de millares de esclavos convertidos en hombres; no separes, pues, ni tu aliento, ni tu providencia de nuestra obra que, después de todo, quiere aplicar tu eterno Evangelio á las sociedades, tu divino verbo á las inteligencias, y cumplir tu reinado espiritual, por medio de la libertad, de la igualdad y de la fraternidad sobre la faz de la tierra. (*Los aplausos, los vivas, los gritos de entusiasmo, las manifestaciones de adhesión al orador interrumpen por largo tiempo su discurso.*)

Señores, nosotros no podemos ser ni cortesanos ni conspiradores. No podemos ser cortesanos de la fortuna, porque nos lo impide, además de nuestra conciencia y de nuestro deber, el culto á ciertas tradiciones sin las cuales ni gobernamos ayer, ni gobernariamos hoy, ni goberna-

remos mañana, pues á ellas se encuentra estrechamente unido nuestro crédito en el mundo y nuestro nombre en la historia; y no podemos ser conspiradores, porque nosotros no nos gloriamos de tener el rayo del cielo en las manos ni de percibir á cada demócrata una revolución á domicilio. Las revoluciones, males á veces necesarios, pero males siempre, no entran ni pueden entrar en el dogma de ningún partido; y nadie las admite ni rechaza en absoluto, porque ningún agente social depende, en el grado que las revoluciones dependen, del poder de las circunstancias. Lo que yo digo es que organizar un partido para la revolución y no para la legalidad, me parece una demencia; y que hacer á fuerza de arengas exaltadas y de organizaciones violentas, á un partido como el demócrata de caracter puramente revolucionario, es dar muestra de una imprevisión que se paga, y muy caro, el día de la victoria. (*Viva aprobación.*) A quien me pregunte si voy á hacer una revolución, le miraré de arriba á bajo con extrañeza, y le alzaré los hombros, como si se me preguntara si iba á hacer una tormenta: que no tengo en mis manos, señores, ni la atmósfera de la tierra ni el espíritu de la sociedad.

Las revoluciones las traen los poderes resistentes hasta la ceguedad. No trajo la revolución británica el empuje de los Oranges, la trajo la tenacidad católica de Jacobo II en pueblo tan protestante como Inglaterra; no trajo la revolución francesa ni la palabra de Mirabeau ni la audacia de Danton, la trajo el empeño de la corte en oponer un veto inseparable á toda reforma progresiva; no trajo la revolución del treinta la canción de Beranger, ni el dinero de Laffite, ni la elocuencia de Manuel, la trajo la imbecilidad de Carlos X y su siniestro espíritu racionario; no trajeron la revolución de Septiembre Serrano, Topete y Prim, la trajeron los errores incurables de aquellos poderes suicidas; hoy á quien debe preguntársele si traerá ó no traerá la revolución, es á una sola persona en España, á una sola, al Sr. Cánovas del Castillo. (*Risas prolongadas y prolonga-*